

Compota y sin novio

JOSÉ SANTISTEBAN

A Domingo Báez; que me regaló un buen puñado de su tiempo reciente, esperando merezca el honor de figurar entre sus lecturas de cuarto de baño.

Otra vez escondida en la amplia despensa de sus padres. Cerrada la puerta con dos vueltas de llave. Desde dentro. Como de niña. Llorando con desconuelo. Lágrimas y rímel. Desengañada. El vestido comprimiéndole los pechos, el vientre, las caderas y las nalgas exuberantes. Presionándole las axilas pulposas. Agobiándole la respiración. Los corchetes y botones a punto de saltar por los aires...

Cuando compraron el vestido, una talla menor que la suya, le había dicho a su madre:

—Mamá, es que casi no quepo.

—No creas, no creas... Te estiliza —se entrometió la vendedora, anoréxica y charlatana.

Para entonces, es verdad, habían peregrinado por todas las tiendas de la ciudad. Su madre, con filosofía de tampax, sentenció:

—Hija, con tal de que aguante lo bastante...

La luz fluorescente de la despensa resaltaba sin piedad volúmenes no deseados.

—¡Basta! ¡Ya sé que soy gorda!

Escogió dos botes de cristal de sus compotas favoritas.

¡Y más que lo voy a ser ahora!

Se sentó sobre las baldosas, la espalda contra la puerta. Estiró las piernas rollizas con el compás muy abierto. Alisó la falda como si fuera un mantel blanco. Colocó encima los tarros. Desenroscó las tapas. Unió como espátulas los dedos índice y corazón de ambas manos. Alternativamente los fue introduciendo en uno y en otro. En el de la etiqueta que advertía grosella y en el de la que rezaba albaricoque. Chupeteó con avidez en una docena de viajes.

—¡A la mierda la dieta!

Acarició con la mirada una tableta de chocolate de envoltorio plateado y la caja multicolor de las galletas surtidas. Las alcanzó con las manos pringosas.

—¡A la mierda la dieta!

Un cosquilleo de alivio le zigzagueó desde el coxis hasta la nuca cuando se rindió alguna costura del traje de novia. Se enjugó las lágrimas sucias con la ilusión del velo de tul y empezó a olvidar que su novio, a esa hora ya hubiera sido su marido, no se había presentado en la iglesia.

CÓMO SE ESCRIBE UN CUENTO



JOSÉ SANTISTEBAN. (Tenerife) Abogado, ha trabajado en despachos privados y para la Administración. Fue, bajo el seudónimo de JOS, colaborador de la revista *La Codorniz* con un centenar largo de artículos; pero sólo escribe con dedicación desde hace cuatro años. En este tiempo ha recibido, entre otros, los Primeros Premios: Santa Cruz de Tenerife, de su Ayuntamiento, por *Topless*, conjunto de narraciones editado (1997), Decano Pedrol de Relato Corto del Colegio de Abogados de Madrid, por su relato "La calavera de Hamlet" aparecido en la revista *Otrosí* (1998) y Premio de Cuentos Ateneo de La Laguna-Caja-Canarias, 2001 con *El arte de los jíbaros* (2002) editado por El Toro de Barro. También, ha sido finalista del XXIV Premio de Narraciones Breves Antonio Machado, de la Fundación de Ferrocarriles Españoles de Madrid, por "La maleta marrón oscuro con asa y cantoneras metálicas", publicado en el libro titulado *El Juego de Damas* (2000), segundo premio en la XXV edición (2001) con el relato "(C)olores", de próxima publicación en el volumen *Fuera de Combate*.

Me piden desde el Ateneo una historia inédita y una especie de breve poética personal del cuento. La primera es "Compota y sin novio", que localizarán por la vecindad y deberían de leer, si no lo han hecho, antes de continuar con estas líneas, que, sin salir de la primera, responden a la segunda de las peticiones (y no va de charada).

No es preceptivo ir a buscar un cuento a Bagdad, Copenhague o Cuenca ("¡Kipling, kipling, kipling –se dispara mi timbre de alarma interior–, esa es otra historia!"); por ejemplo, está en el suelo cotidiano que uno pisa o besa, según, de la propia casa...

Un sábado, tal vez un domingo, estábamos Elena y yo en la cocina. Un rollo de pavo crepitaba en el horno. Como guarnición habíamos acordado una papilla espesita, con ajo dorado en la sartén y perejil por encima, y *compota* de manzana. Abro la *despensa*, miro y le advierto de que no queda un solo bote de *compota*. Ella se acerca para cerciorarse por ciencia propia. Les aclaro que me hostiga con cierta saña un singular fenómeno paranormal: las cosas se transparentan o se volatilizan delante de mis narices. Elena, cuando ante su presencia vuelven a materializarse, alumbrando las sombras del enigma y barre las telarañas del misterio con la sencilla explicación los objetos ni se hacen invisibles ni se mueven, sencillamente pasa que tengo la cabeza en otra parte (lo que, ahora caigo, no deja de ser un tan asombroso como preocupante caso de bilocación parcial). Sin embargo, en esta ocasión, coincidimos la realidad, ella y yo. *Desengañada* hace un gesto de difícil lectura. "¿*Compota y sin novio, eh!*", comento (y de inmediato mi testa voladora lo registra como título, sabiendo que un día se alargará en un cuento). El pavo se dora en su milana y nosotros no nos amilanamos con respecto a otro acompañamiento: cortamos en trozos pequeños tomate crudo, peladito y sin semillas, hacemos un aliño con aceite de oliva –arbequina, primera presión en frío–, orégano, apio, jengibre, cominos ("¡Kipling, kipling, kipling, esa es otra historia!")...

Reuniendo los términos en cursiva nos encontramos con la columna vertebral de la historia: *en la despensa desengañada, compota y sin novio*. Las asociaciones se encadenan con naturalidad: *despensa-gordura-desengaño-encierro infantil-ceñido traje de novia-ceremonia fallida-sin novio-consuelo-olvido-compota, chocolate, galletas...*

Porque la idea de un cuento surge estando de pie o genuflexo, de frente o de perfil, decúbito prono o decúbito supino; pero los cuentos sólo se escriben sentados, corrigiendo, suprimiendo, releyendo, añadiendo, sustituyendo, rompiendo, reescribiendo sentados durante muchas horas, sentados sobre las ascuas de nuestras lecturas, sentados sobre los vidrios rotos de nuestra experiencia, sentados sobre las cenizas de nuestra soledad...

¡Yo no conozco otra receta, ni otra poética!